

aqueos fueron desairados y á poco el distinguido historiador y gran número de patriotas, que estorbaban á Kallikrates y á los suyos, fueron desterrados á Italia, en donde estuvieron diez y siete años. Cuando el amigo de los romanos murió, los desterrados obtuvieron el permiso de volver á la Grecia. (150). Por este tiempo un impostor que se daba por hijo de Perseo, había sublevado la Macedonia; vencido y capturado por Metellus, su intentona dió margen á los romanos para reducir á provincia la Macedonia. Acampaba todavía en ella Metellus cuando con motivo de una orden de Roma, que para cortar de raíz las disensiones en el Peloponeso, separaba á Esparta, Argos y Orcomenes de la liga aquea, la demagogia acaudillada por dos hombres feroces Dieos y Kritolaos, se sublevó contra Roma. Metellus primero y Mummius despues, vencieron é los aqueos; este último los destruyó completamente en Leukopetra y tomó á Corinto en donde hubo episodios heróicos. Los romanos poco apreciadores de las cosas de arte, saquearon y destruyeron aquel espléndido museo artístico. (146). La Grecia reducida á provincia romana con el nombre de *Acaia* ha cesado de existir; pero había muerto combatiendo. Estos versos de Antipater de Thesalonika podían servir de epitafio á toda la Grecia; el poeta se refiere á Corinto: «¿Qué se ha hecho tu hermosura tan admirada ¡oh! dórica Corinto? ¿En dónde están tus muros, tus torres, tus antiguos tesoros? ¿En donde están los templos de tus dioses, tus palacios, tus esposas bajando del Sísifo, y tus habitantes, que eran contados por millares? Infortunada de ti, no queda un sólo vestigio. Todo ha sido arrebatado ó devorado por la guerra. Sólo nosotras, nacidas inmortales, hijas del Océano, sólo nosotras,

quedamos como aleyones, para llorar tu desventura.»

Fatal fué, dice un historiador, la mitad del siglo II, antes de J. C. para la libertad de los pueblos de las orillas del Mediterráneo. El mismo año que sucumbia en Corinto la Grecia, Cartago perecía también. Algunos han llamado á ésta la tercera guerra púnica, no fué sino el asesinato proditorio de un pueblo. Los romanos habían dejado á Masinisa arrancar giron por giron su territorio á Cartago. Esta había sido su intencion al sentarlo en el trono nómida y lo dejaron hacer. Cansados los cartagineses de sufrir se decidieron á luchar y Roma comprendió que se acercaba el momento crítico para aquel gran imperio comercial que á pesar de sus derrotas había rehecho su prosperidad material. Esta prosperidad era la pesadilla de Roma y mantenía vivo su odio cuya fórmula era la *muletilla* de los discursos de Catón: *delenda est Carthago*. Cuando el octogenario Massinissa hubo vencido á los cartagineses, los romanos se apresuraron á apoderarse de la presa que el nómida había ya medio devorado. Empezaron por hacerse entregar por los cartagineses todas sus armas y luego les exigieron abandonar la ciudad y establecerse tierra adentro. Un grito de indignacion unánime acogió en aquella enorme ciudad de 700,000 almas aquella perfidia. Todo el mundo se dispuso á la resistencia. Esta fué heroica; por fin *Scipion Emilianus*, hijo de Paulus Emilius y nieto por adopcion del *Africano* vencedor de Zama, se encargó de dirigir la campaña y acabó por apoderarse de la ciudad que fué pillada y completamente destruida. El vencedor lloraba sobre aquellas enormes ruinas y Polybio le escuchó repetir este verso de Homero: «Un día también verá caer á Troya, la ciudad santa, y á Priamo y su pueblo invencible.» (146.)

Trece años despues espiraba la libertad en España. Despues de la pacificación de España por Sempronius Gracchus hasta el año de 153, el país estaba tranquilo en apariencia, aunque la rapacidad de los pretores conservaba vivo el deseo de sacudir el yugo romano. En el año mencionado empezaron las revueltas de los lusitanos y de los celtiberos, que en vano pretendieron ahogar en sangre los generales romanos. El principal caudillo de estas luchas fué un pastor lusitano, Viriatho, que encendió la guerra en casi toda la península y que durante ocho años tuvo en jaque al poder romano en España, á fuerza de bravura y de astucia. Los romanos lo hicieron asesinar. Cepion sometió entónces á los lusitanos y Brutus avanzó hasta las orillas del mar en el país galaico, despues de dominar todo el Oeste de la península. En la Celtiberia, sólo resistían Numancia y Termancia. Los numantinos habían infligido á los romanos serios descalabros, entre ellos uno vergonzoso al consul Mancinus y á su cuestor Tiberius Gracchus, á quien el amor del pueblo salvó de ser entregado á los numantinos por el Senado irritado. La direccion de la campana fué confiada al destructor de Cartago; despues de una defensa de una heroicidad proverbial, Numancia cayó en poder de Scipion. Aquellos de sus habitantes que sobrevivían al hambre y á los combates se dieron muerte ántes de entregarse al vencedor. Solo cincuenta numantinos siguieron su carro de triunfo. (133).

El mismo año que sucumbió Numancia, uno de los sucesores de Eumenes, Attalus III, despues de una vida cruel y extravagante, murió dejando en su testamento al pueblo romano heredero de su reino; esto al ménos pretendió el Senado. El reino fué reducido en consecuencia á provincia, la de Asia. (133).

Hubo alguna resistencia, pero los legionarios la sofocaron rápidamente. Era la primera vez desde el año de 188 que los soldados de Roma aportaban al Asia. Para dominar en estos países habían bastado á Roma sus comisarios; por ellos logró á la muerte de Antiokos Epifanes sentar á un niño en el trono de Siria, completamente desarmado; Antiokos era el hombre que había mancillado el templo de Jerusalem y que acometió la temeraria empresa de helenizar á los judíos. El libro de Daniel, los de los Macabeos, etc., guardan en la Biblia la huella del odio profundo que los hebreos le tuvieron, odio solo comparable al de los cristianos contemporáneos del Apokalipsis contra Neron. Los judíos estaban en plena rebelion cuando Roma comenzó á protegerlos para debilitar el reino de los seleucidas entregados desde entónces á los monstruosos desórdenes domésticos. Igual cosa sucedía en el Egipto presa de las disensiones entre hermanos: Roma separó á Kipros y á la Kirenaica del reino de los lágidas, que así desmembrado comenzó su lenta agonía. En una palabra, el mundo civilizado estaba á los piés de la ciudad reina, que había hecho del Mediterráneo un lago romano.

Antes de penetrar en el grande y terrible período que trasformó la República en Imperio, es necesario darnos cuenta, aunque sea en breves términos, del estado de Roma á la raíz de la conquista del mundo. Solo así podremos explicarnos las causas que contribuyeron á este cambio profundo, que Michelet llama «la disolucion de la ciudad», y que nosotros intitulamos «la revolucion.» (V. Mommsen).

Realmente, cuanto se diga sobre este asunto, tiene que ser comentario del célebre verso de Horacio: *Græcia capta*

ferum victorem cepit. Efectivamente: al concluir la conquista del mundo *circum-Mediterráneo*, Roma empezó a sentir los efectos de la reacción del mundo. Dispersada su acción del centro a la circunferencia, una vez terminada la empresa gigantesca de la conquista, todas las miradas, todas las aspiraciones, todos los intereses, todos los odios y todas las afectos, se volvieron desde la circunferencia al centro. En vano el patriciado había cerrado hacia tiempo las puertas de la ciudad legal a los habitantes de las provincias, poniendo coto a la ficción jurídica que extendía la ciudad mucho más allá de sus límites materiales; el inmenso reflujo que convergía hacia Roma, rompió todas las barreras y tendió a la unificación del mundo civilizado. Cuanto tenía Roma de original, desde el punto de vista local, tendió a desaparecer, pero dejando un sello nuevo al resultado de la fusión que se operó en la ciudad conquistadora; así es que se puede decir que la civilización helénica cautivó a Roma, pero al salir de aquel gran laboratorio central, ya estaba trasmutada en lo que se llama la civilización greco-romana.

La organización de las provincias ayudó mucho a esta obra. Es verdad que los gobernadores habían sustituido al monarca, y lo eran en realidad, lo que no influyó poco en la transformación de la República en Imperio; pero no eran reyes independientes, sino que, manteniendo la concentración de las provincias, y dependiendo en un grado absoluto del arbitrio de Roma, esta ciudad a su vez, ejercía respecto de las provincias, una enorme concentración que hizo más grande la influencia de las provincias sobre su vida interior. Esta vida interior, tranquila y regular durante los años mejores de la conquista, a la raíz de ésta empezó a

perturbarse. Era natural: el abismo que se creyera suprimido entre la democracia y los nobles, se dejó ver mayor que nunca entre el nuevo pueblo heterogéneo en que hervían los hombres, las ideas, y los apetitos venidos de todas partes de la tierra, y la nueva aristocracia fundada en el dinero. Estaba gobernada y gobernaba a Roma, dando de hecho un carácter aristocrático a la constitución, porque se apoderaba de todas las funciones que le eran útiles. De aquí una lucha sorda entre los pobres y los ricos, que no tardaría en estallar. Porque, evidentemente, las revoluciones romanas de entonces en adelante, afectan un carácter profundamente social; por eso la fórmula constante de este período crítico, es la ley agraria; y el repartimiento de la tierra, la nivelación de las fortunas, ordenada y dirigida por el Estado; no es otro el ideal de los socialistas de todas las épocas. Las ideas socialistas orillan al cosmopolitismo; en Roma sucedió a la inversa: el cosmopolitismo, la hacinación de hombres de todas partes y de todas condiciones, debilitó enteramente la idea de patria. Ya solo se luchaba por el bienestar material, y todo ideal levantado tendía a desaparecer.

El principal vehículo por donde la descomposición de todos los antiguos elementos de la ciudad se introdujo en Roma, fue la civilización griega. ¿Qué era lo que así se llamaba? ¿Eran las nociones morales de los grandes filósofos, las virtudes prácticas de los grandes repúblicos, los excelsos ideales de los grandes artistas, las ideas divinas de los grandes poetas que constelaban el cielo helénico? Era todo esto y era algo más. Lo que sucedía a Roma con la Grecia, había sucedido a la Grecia con el Oriente. Así como la civilización romana había sido en su origen principalmente griega, fue esta en su cuna princi-

palmente oriental. Ambas recobraron después su autonomía; pero la Grecia, al emprender con Alejandro la grande obra de la helenización del Oriente, sufrió en sus artes, en sus costumbres, en sus ideas y en sus tendencias, una reacción completamente oriental; y mientras debilitada y oprimida perdía hasta el último átomo de la libertad, sin la cual la cultura se vuelve una planta mal sana, Roma la dominó, y ella envió a su dominadora los frutos de su pasado que eran inmortales, y los de su presente, que eran la muerte.

Este influjo greco-oriental en una ciudad plebética de riqueza y de orgullo, que había saqueado y pisoteado al mundo, iba a producir sus efectos sobre la política, la literatura, la religión y las costumbres de aquella viril sociedad republicana, cuya última expresión completa fue el primer Catón.

En la política, la conducta observada en la Grecia, en el Asia Menor y con las colonias griegas en Italia, por la mayoría filo-helenista del senado y del pueblo, fue el primer resultado de la influencia helénica; en la literatura se produjo una verdadera absorción del genio romano por el helenismo; los griegos fueron y siguieron, siendo hasta el fin los modelos de los poetas latinos; Ennius, versificó en griego; Fabius Pictor, uno de los más antiguos historiadores de Roma, no solo escribió en griego, sino que helenizó por completo las primitivas tradiciones populares; las tragedias de Eurípides, las comedias de Menandro, son madres del teatro latino: en la religión, fue más grave todavía la revolución. No solo se confundieron el panteón helénico y el romano, quedando este último pobre y poco idealista de suyo, subalternado al primero, sino que la influencia de la filosofía y la sofística que habían minado por completo la vieja religión politeísta de los

helenos, hizo que Roma se resintiese de un estado de cosas que había convertido al culto en simple fórmula vacía que ligaba mal estos dos extremos, el escepticismo de las clases ilustradas y el completo dominio de las supersticiones más absurdas en las clases populares. Por estos tiempos se introdujeron en Roma los cultos asiáticos, como el de la *Kibeles Frigia*, la madre universal, cuyo símbolo era una piedra meteórica y cuyos sacerdotes eran eunucos; el de Dionisio ó Baco, llegó a tener tal auge, que las autoridades tuvieron que intervenir en las sociedades secretas que se habían formado para practicar los ritos orgiásticos, conocidos con el nombre de *bacanales*, y que servían de pretexto para cometer crímenes abominables. Millares de personas fueron entregadas al hacha del verdugo, pero el mal había cundido sin remedio.

La doctrina de Evehmeres, que vé en los dioses hombres divinizados, doctrina que rectificada y reducida a sus justas proporciones, es la de la ciencia moderna que hace preceder la necrolatría a la idolatría, fue de las que más impresión hicieron en los altos círculos que por el lado de las mujeres y de la domesticidad, se dejaban influir por los magos caldeos y los hechiceros y aventureros venidos del Oriente y que pululaban ya en Italia.

El episodio más característico en la materia, es el de Carneades y otros dos filósofos que Atenas envió por entonces como embajadores a Roma, y que dieron conferencias públicas. Carneades era un escéptico, que no negaba la verdad como Pirron, pero que sostenía que era imposible llegar a ella, y se atenia a lo verosímil; el discípulo de la escuela estoica, el fundador de la Nueva Academia, consagró su elocuencia y su vida a combatir a sus maestros,

con una dialéctica tan sutil, que los redujo al silencio, mientras vivió. Hay costumbre de tener á Karneades por un charlatan, á pesar de los elogios de Ciceron, que perteneció á su escuela, y se dá en general poca importancia al estudio profundo de esta cuestion capital para la historia de las ideas en Roma. Karneades era un hombre eminente que prestó á los romanos el gran servicio de iniciarlos en una vida intelectual para ellos desconocida. Nosotros no comprendemos los anatemas que los modernos arrojan sobre esta entrada en escena de la filosofía griega en Roma. ¿Es preferible acaso que el conquistador del mundo hubiera conservado la ruda cultura que preconizaba Caton? Entonces la civilizacion se hubiera retardado indefinidamente.

Verdad es que todo lo antiguo se disolvió para trasformarse. El lujo, los objetos de arte, los muelles hábitos del Oriente, invadieron á Roma, y las austeras costumbres del pasado desaparecieron; es verdad que al desaparecer prepararon la decadencia de Roma; pero si para la ciudad conquistadora este fué un grave mal, no lo fué para el mundo, porque solo así fueron posibles el imperio y el cristianismo, los dos factores de más importancia que haya tenido la civilizacion humana. Los griegos, cosmopolitas, escépticos, refinados, habian adquirido esas ideas y tendencias humanitarias que fueron extendiendo sus impalpables gérmenes sobre el mundo y prepararon el advenimiento de la sociedad nueva. El eclipse de los grandes astros del mundo antiguo, arunciaba la próxima venida del sol.

LA REVOLUCION.—Más que en la filosofía cuyos discípulos fueron siempre, en Roma, desde Ciceron hasta Marco Aurelio, hombres con quienes se honrarán siempre los anales de la

dignidad de nuestra especie, la causa de lo que iba á suceder, debe buscarse en el resultado total de la conquista. Con ó sin las doctrinas del placer, autorizadas por Epikuros y cantadas en un poema inmortal por Lucrecio, los romanos hartos de botin y señores absolutos del mundo habrían caído en el estado que hizo no solo posible, sino necesario el eclipse de esa fiera libertad aristocrática, que habia arrebatado la libertad á las naciones sometidas y que puso el puñal en la mano de Bruto.

De esta situacion critica tenian clara y perfecta conciencia los romanos y un historiador apenas posterior de un siglo á este período, Salustio, resume en estos términos, poco más ó menos, su carácter: "Roma estaba dividida; los grandes de un lado, del otro el pueblo y en medio la república destrozada, la libertad en agonía. La faccion de los nobles venia; el tesoro, las provincias, las magistraturas, los triunfos, eran suyos, suyas todas las variedades de la gloria y de la riqueza. Sin union y sin fuerza, era el pueblo una multitud impotente, diezmada por la miseria y por la guerra. Porque mientras en lejanas tierras combatian los legionarios, sus hijos se veian arrojados de sus hogares, por sus poderosos vecinos. La necesidad de la dominacion y una insaciable codicia lo invadieron todo, todo lo profanaron hasta el dia en que la nobleza se precipitó á sí misma."

Los romanos no solo conocieron el mal sino que intentaron unos ponerle remedio, volviendo á la república hácia el camino de las antiguas virtudes (el gran representante de esta tendencia fué Caton el mayor), y otros, conciliando el viejo y el nuevo espíritu, haciendo á la sociedad romana igualmente virtuosa y culta. El *Africano* acometió esta empresa. Las reformas conserva-

doras de Caton, sus austeras disposiciones contra el relajamiento de las costumbres, su implacable critica de las nuevas ideas y hábitos, sus medidas sunuarias sus rudos consejos, su odio por los extranjeros que podian servir de obstáculo á su país, odio que tomó á veces un carácter repugnante, como respecto de Carthago, hicieron de este hombre singular una resurreccion de los primeros tiempos de Roma. Durante su censura fué cuando más desplegó estas cualidades y al mismo tiempo una rectitud natural de espíritu, que le hizo poner del lado de los vencidos, como los rodios ó de los proscritos como Polibio y sus compañeros, contra los mezquinos intereses del Senado. Sin embargo despues de detener por algun tiempo el torrente invasor del helenismo, los principios de su grosera moral utilitaria, lo llevaron en su ancianidad á cometer imperdonables faltas: la corriente habia acabado por arrastrarlo. Scipion quiso guiar esa corriente, pero herido profundamente en su orgullo y perseguido por el feroz encono de Caton se retiró al destierro lanzando un anatema sobre su patria. En una palabra, Caton venció al representante del helenismo, pero el helenismo venció al fin.

Lo grave era que mientras tamaña trasformacion se verificaba en la ciudad, el problema social adquiria gigantescas proporciones. Los ricos habian aglomerado casi toda la propiedad territorial en sus manos; los pequeños propietarios y con ellos las clases medias que son la base más sólida de los gobiernos libres habian desaparecido. Los propietarios libres convertidos en desheredados corrian á aumentar la tumultuosa plebe de Roma, ó yacian en los campos de batalla ó se fijaban en los países conquistados. La Italia des-poblada, quedó sin cultivo una parte y

la otra cultivada por esclavos venidos de todas partes del mundo y que formaban una poblacion abyecta é inmensa, pues habia propietario que tenia 20,000 esclavos, dentro de la Italia. El cultivo decaia, los vicios monstruosos que son el séquito obligado de la esclavitud, lo corrompian, lo podrian todo y ponian en grave peligro no solo el porvenir sino el presente de la república.

Las gravísimas rebeliones de esclavos en Sicilia y en algunos puntos de la Italia, habian hecho palpable la intensidad del mal. En este estado las cosas aparecieron los Gracos.

Los Gracos.—Hijos de Sempronius Gracchus, el célebre pacificador de España y de Cornelia, hija de Scipion el africano; educados por griegos en aquella noble familia en donde era tradicional la union de una cultura refinada y de una gran ambicion de gloria, Tiberio y Cayo, desde el momento que comprendieron la verdadera situacion de su patria, cifraron todas sus esperanzas de celebridad en obtener un puesto de primer orden en las luchas interiores, ya que la guerra exterior habia cesado, con la conquista del mundo, de ofrecer un campo á otra ambicion que la del lucro, por medio de la expoliacion sistemática de las provincias.—Tiberio habia tenido en su vida militar hechos gloriosos y puntos oscuros, pero la popularidad de su familia fué siempre superior á sus faltas. Lleno de grandes ideas y de nobles aspiraciones, este hombre dulce y audáz á la vez, obtuvo el tribunado el año de 133 a. J. C. La empresa que iba á acometer era inmensa.

Para favorecer al pueblo de un modo positivo era preciso remediar muchos abusos: los del senado, instrumento exclusivo de la faccion de los grandes (*optimates*) que se habia abrogado exclusivamente las cuestiones exteriores